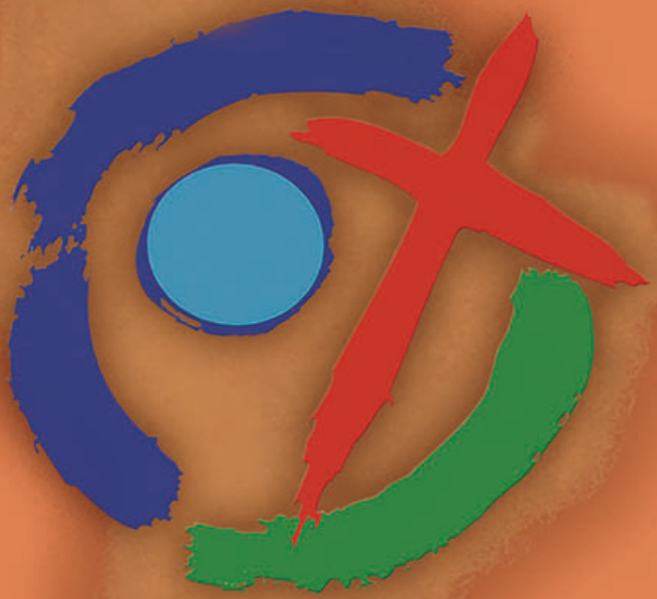
LA PALABRA, ALIMENTO DE LA VIDA



APARECIDA

DISCÍPULOS MISIONEROS AL SERVICIO DE LA VIDA

9

Oración para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

Señor Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, rostro humano de Dios
y rostro divino del hombre, enciende en nuestros corazones
el amor al Padre que está en el cielo y la alegría de ser cristianos.
Ven a nuestro encuentro y guía nuestros pasos para seguirte
y amarte en la comunión de tu Iglesia, celebrando y viviendo
el don de la Eucaristía, cargando con nuestra cruz,
y urgidos por tu envío.
Danos siempre el fuego de tu Santo Espíritu, que ilumine nuestras
mentes y despierte entre nosotros el deseo de contemplarte,
el amor a los hermanos, sobre todo a los afligidos,
y el ardor por anunciarte al inicio de este siglo.
Discípulos y misioneros tuyos, queremos remar mar adentro,
para que nuestros pueblos tengan en Ti vida abundante,
y con solidaridad construyan la fraternidad y la paz.
Señor Jesús, ¡Ven y envíanos!
María, Madre de la Iglesia, ruega por nosotros. Amén.

LA PALABRA, ALIMENTO DE LA VIDA

APARECIDA

DISCÍPULOS MISIONEROS
AL SERVICIO DE LA VIDA

9

© Instituto Pastoral Apóstol Santiago (INPAS)
Arzobispado de Santiago
San Isidro 560
Santiago

Estos libros son una producción conjunta del INPAS, la Vicaría General de Pastoral y Editorial Tiberíades.
Agradecemos especialmente la colaboración de Katiuska Cáceres Pavez, del Departamento de Animación Bíblica de la Pastoral, en la realización de este número.

Colección Aparecida: 978-956-8188-66-5

ISBN: 978.956.8188-897-0
Derechos de Autor: 168298

Diseño portada e interiores: Gráficanueva Ltda.

Impreso en Chile, Diciembre de 2007.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna para fines comerciales, por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito.

1. Introducción

La reflexión sobre la Palabra de Dios en Aparecida se transforma en nuestros corazones en una humilde plegaria, para que el redescubrimiento de la Palabra de Dios ilumine siempre el camino, la vida y la misión de la Iglesia.

El centro del mensaje de la V Conferencia es el *discipulado* y la *misió*n. Ambos sólo pueden existir si se produce el encuentro con Jesucristo. Pues, *"no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona"* (243). Podemos conocer a Jesucristo de diversas y buenas maneras; no obstante, con palabras de Aparecida, reconocemos que: *"Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo"* (247).

El hombre contemporáneo manifiesta de tantas maneras su gran anhelo de escuchar a Dios y de hablar con Él. Hoy entre los cristianos se advierte una búsqueda apasionada de la Palabra de Dios como fuente de vida y camino de encuentro con Dios.

La V Conferencia nos invita con mucha fuerza a vivir el discipulado desde la Palabra, para que desde ella podamos escuchar, agradecer, meditar y anunciar a Jesucristo; así todos los pueblos tendrán vida en Él. Reconocemos en esto *la acción del Espíritu Santo*, que a través de la Palabra desea renovar la vida y misión de la Iglesia, que llama a una continua conversión y envía a los discípulos a llevar el anuncio del Evangelio a todos los hombres, "*para que tengan vida y la tengan en abundancia*" (Jn 10,10).

El Documento de Aparecida es una invitación a re-encantarnos con Jesucristo y su proyecto a través de la Palabra de Dios. Desde una vivencia apasionada por Jesucristo, los cristianos seremos capaces de responder a la misión permanente a la que hemos sido convocados (cf. 551), amando al prójimo *"no de palabras ni de labios, sino con obras y según verdad»* (1Jn 3,18).

La Palabra de Dios se difunde en toda la vida de la Iglesia, cualificando también su presencia en la sociedad como levadura de un mundo más justo y fraterno. Y ojalá el mundo actual -que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de discípulos tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar a Jesucristo y de implantar su proyecto en el corazón de todos (cf. 552).

2. La Palabra de Dios se entrelaza con la historia (Ver)

La primera parte del documento conclusivo de Aparecida nos da una gran enseñanza de madurez cristiana. El título habla por sí mismo: *"La vida de nuestros pueblos hoy"*. Nos hace recordar el momento en que Jesucristo se acerca a los discípulos de Emaús y viendo su preocupación, camina con ellos y les pregunta qué van conversando, que ha sucedido, por qué la tristeza; luego de escucharles y saber lo que les pasaba comenzó a explicarles las Escrituras (cf. Lc 24,13-35).

Esta mirada a la realidad nos conecta con el Jesús de Nazaret quien se encarna en la historia y se compromete con la salvación de toda la humanidad, así también nosotros debemos mirar la realidad de nuestros pueblos con sus valores y limitaciones. Antes de dar respuestas, debemos como Jesús escuchar, mirar, comprender. Así podremos hacer un discernimiento a la luz del Evangelio y responder de acuerdo a los signos de los tiempos, al estilo de Jesús, que vino para que todos tengan vida y *"para que la tengan en plenitud"* (Jn 10,10).

Una mirada bíblica de la realidad nos lleva casi indisolublemente a la pregunta que nos planteó Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*, y que todavía nos desafía «*¿Hasta dónde y cómo esta fuerza de la Palabra puede transformar el mundo de hoy?*"[1]. En la Palabra

1 EN 4.

de Dios, el discípulo y la discípula de Jesucristo descubren cuál es el plan de Dios sobre sí, sobre la humanidad y sobre las cosas. Al esbozar nuestra respuesta a la realidad del mundo, como servidores de la Palabra, acudimos a ella como la fuente de expresión amorosa de Dios encarnado en la historia que se comunica con la humanidad a través de su Palabra (cf. Gn 1,3ss; Jn 1,3; Rm 1,16).

Tantas situaciones complejas como la globalización, la pobreza, la violencia, la desigualdad, la tristeza, el dolor y la injusticia, por nombrar algunas, deben potenciar lo mejor de cada uno, para responder como una comunidad fraterna que mira, escucha, se compadece y actúa respondiendo de acuerdo a los valores del evangelio, comprometida de manera concreta con la solidaridad, la justicia, el amor y la esperanza, para generar un estilo de vida más digna y fraterna.

La Encíclica *Deus caritas est* del Papa Benedicto XVI pone bien de relieve cómo la caridad está estrechamente vinculada con el anuncio de la Palabra de Dios y con la celebración de los sacramentos[2]. Recibiendo la Palabra de Dios, que es amor, se deduce que no es posible verdaderamente anunciar la Palabra sin vivir el amor, en el ejercicio de la justicia y de la caridad.

La Palabra de Dios debe ser presentada a cada hombre y a cada mujer *"como una abertura a sus problemas, una contestación a sus preguntas, una ampliación de sus valores, y al mismo tiempo a sus aspiraciones más profundas"*[3]. Si, en efecto, el acto de la Revelación se ha concluido con la muerte del último apóstol[4], la Palabra revelada continúa siendo anunciada y escuchada en la historia, y la Iglesia se empeña en proclamarla al mundo para responder a sus expectativas. Aparecida nos dice:

> "La Iglesia tiene, como misión propia y específica, comunicar la vida de Jesucristo a todas las personas, anunciando la Palabra, administrando los Sacramentos y

2 Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, diciembre 25 de 2005.

3 Pablo VI, IV *Congreso de Enseñanza Religiosa en Francia. Normas y votos del Santo Padre* (1-3 aprilis 1964): *L' Osservatore* Romano edición española (21 aprilis 1964,6).

4 Cf. Dei Verbum 3.

practicando la caridad. Es oportuno recordar que el amor se muestra en las obras más que en las palabras, y esto vale también para nuestras palabras en esta V Conferencia. No todo el que diga Señor, Señor… (cf. Mt 7,21). Los discípulos misioneros de Jesucristo tenemos la tarea prioritaria de dar testimonio del amor a Dios y al prójimo con obras concretas. Decía san Alberto Hurtado: 'En nuestras obras, nuestro pueblo sabe que comprendemos su dolor'" (386).

Asimismo, la Virgen María quien supo observar entorno a sí las urgencias de lo cotidiano, consciente que lo que recibió como don del Hijo es un don para todos. Ella nos enseña a no permanecer espectadores de una Palabra de vida, sino a transformarnos en participantes comprometidos, dejándose conducir por el Espíritu Santo que habita en el creyente. Ella «*canta la grandeza*» del Señor descubriendo en su vida y en la historia la misericordia de Dios, porque "*ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor*" (Lc 1,45). María es la imagen del verdadero discípulo y discípula de Jesucristo, que sabe custodiar con amor la Palabra de Dios, poniéndola al servicio de la solidaridad, y considerándola como memoria permanente para conservar encendida la lámpara de la fe en la cotidianidad de la existencia (cf. 271).

Para reflexionar:

- ¿Qué significa la Palabra de Dios en tu vida y en tu comunidad?
- ¿Relacionas: Palabra de Dios y mirada a la realidad?
- ¿Crees en la fuerza transformadora de la Palabra de Dios en la historia?
- Los católicos, ¿favorecemos que el poder de la Palabra impacte en los diversos contextos de la vida social?

3. Nos dejamos iluminar por Aparecida (Juzgar)

En este momento el documento conclusivo que presentan los Obispos relee y reinterpreta los hechos sobre una nueva luz: la luz de la Palabra.

> "La misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en el contexto socio-cultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí. Así, procura 'transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y el designio de salvación'" (331).

> "Benedicto XVI nos recuerda que: 'El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4,12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro'. Esta es la tarea esencial de la evangelización, que incluye la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana" (146).

Si el discipulado y la misión se fundamentan en el encuentro con Jesucristo, nos unimos a las palabras de Aparecida para decir que:

> "La naturaleza misma del cristianismo consiste, por lo tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo. Ésa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo cómo los trataba,

correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones. El evangelista Juan nos ha dejado plasmado el impacto que produjo la persona de Jesús en los dos primeros discípulos que lo encontraron, Juan y Andrés. Todo comienza con una pregunta: '¿Qué buscan?' (Jn 1,38). A esa pregunta siguió la invitación a vivir una experiencia: 'Vengan y lo verán' (Jn 1,39). Esta narración permanecerá en la historia como síntesis única del método cristiano" (244).

"En el hoy de nuestro continente latinoamericano, se levanta la misma pregunta llena de expectativa: Maestro, ¿dónde vives? (Jn 1,38), ¿dónde te encontramos de manera adecuada para abrir un auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad? ¿Cuáles son los lugares, las personas, los dones que nos hablan de ti, nos ponen en comunión contigo y nos permiten ser discípulos y misioneros tuyos?" (245).

Quizás por eso nos resuena de manera tan potente la frase que nos recrea la V Conferencia: *"La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Jesucristo"* (cf. 247). Por lo tanto, *"Todos (...) debemos leer y estudiar asiduamente la Escritura"*[5]. Junto con el progreso catequístico, el desarrollo espiritual constituye uno de los aspectos más bellos y prometedores del curso de la Palabra de Dios en su pueblo. Encontrar, rezar y vivir la Palabra es la suprema vocación del cristiano. Debemos crecer en número y en calidad del contacto para corresponder a las finalidades de la Palabra. Para una genuina espiritualidad de la Palabra, ha de recordarse que *"a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre; pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras"*[6].

La Palabra de Dios debe ser la primera fuente que inspira la vida espiritual y humana de la comunidad en sus aspectos prácticos, como los ejercicios espirituales, los retiros, las devociones y las experiencias religiosas. Importante objetivo (y criterio de autenticidad)

5 DV 3.
6 Ibid. 25.

es hacer madurar a cada uno en la lectura personal de la Palabra en óptica sapiencial y en vista de un discernimiento cristiano de la realidad, de la capacidad de dar cuenta de la propia esperanza (cf. 1Pe 3,15) y del testimonio cristiano de la santidad.

Recuerda San Cipriano, recogiendo un pensamiento compartido por los Padres: *"Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero (Sal 119, 105). El Señor que ama la vida, con su Palabra quiere iluminar, guiar y sostener toda la vida de los creyentes en cada circunstancia, en el trabajo, en el tiempo libre, en el sufrimiento, en los empeños familiares y sociales y en cada evento alegre o triste, de tal modo que cada uno pueda discernir cada cosa y quedarse con lo bueno (cf. 1Ts 5,21), reconociendo así la voluntad de Dios y poniéndola en práctica (cf. Mt 7,21)".*

La Iglesia se alimenta de la Palabra y así lo expresa Aparecida:

"Encontramos a Jesús en la Sagrada Escritura, leída en la Iglesia. La Sagrada Escritura, 'Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo', es, con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora. Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo. De aquí la invitación de Benedicto XVI: 'Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia General en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. Jn 6,63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios'" (247).

"Se hace, pues, necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de 'auténtica conversión y de

renovada comunión y solidaridad'. Esta propuesta será mediación de encuentro con el Señor si se presenta la Palabra revelada, contenida en la Escritura, como fuente de evangelización. Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse con el Pan de la Palabra: quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo, y a que sean alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos. Por esto, la importancia de una 'pastoral bíblica', entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, y de evangelización inculturada o de proclamación de la Palabra. Esto exige, por parte de obispos, presbíteros, diáconos y ministros laicos de la Palabra, un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea sólo intelectual e instrumental, sino con un corazón 'hambriento de oír la Palabra del Señor' (Am 8,11)" (248).

"Entre las muchas formas de acercarse a la Sagrada Escritura, hay una privilegiada a la que todos estamos invitados: la *Lectio divina* o ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura. Esta lectura orante, bien practicada, conduce al encuentro con Jesús-Maestro, al conocimiento del misterio de Jesús-Mesías, a la comunión con Jesús-Hijo de Dios, y al testimonio de Jesús-Señor del universo. Con sus cuatro momentos (lectura, meditación, oración, contemplación), la lectura orante favorece el encuentro personal con Jesucristo al modo de tantos personajes del evangelio: Nicodemo y su ansia de vida eterna (cf. Jn 3,1-21), la Samaritana y su anhelo de culto verdadero (cf. Jn 4,1-42), el ciego de nacimiento y su deseo de luz interior (cf. Jn 9), Zaqueo y sus ganas de ser diferente (cf. Lc 19,1-10)... Todos ellos, gracias a este encuentro, fueron iluminados y recreados porque se abrieron a la misericordia del Padre que se ofrece por su Palabra de verdad y vida. No abrieron su corazón a algo del Mesías, sino al mismo Mesías, camino de crecimiento en 'la madurez conforme a su plenitud' (Ef 4,13), proceso de discipulado, de comunión con los hermanos y de compromiso con la sociedad" (249).

Para reflexionar:

- Cuál es la actitud de los creyentes frente a la Palabra de Dios?
- ¿Qué hacer para que la Palabra de Dios influya más en la vida del creyente y de toda la comunidad?
- Las diversas pastorales de la Comunidad eclesial se dejan iluminar por la Palabra, ¿de qué manera?

4. La Palabra de Dios en la misión de la Iglesia (Actuar)

En el documento conclusivo de Aparecida se nos invita a todos los católicos de América latina y el Caribe a vivir en estado permanente de misión. Si la misión de la Iglesia es proclamar a Cristo, la Palabra de Dios hecha carne, debemos alimentarnos de la Palabra para ser *"servidores de la Palabra"* en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia (cf. 551). Esto exige asistir a la escuela del Maestro, notando que su Palabra contiene en el centro el anuncio del Reino de Dios (cf. Mc 1,14-15) con palabras y obras, con el testimonio de la vida y de la enseñanza. El Reino de Dios, que la Palabra de Dios hace germinar, es reino de verdad y de justicia, de amor y de paz, ofrecido a toda la humanidad. Predicando la Palabra, la Iglesia participa en la construcción del Reino de Dios, ilumina su dinámica y lo propone para la salvación del mundo. Anunciar el Reino es el evangelio que ha de ser predicado hasta los confines de la tierra (cf. Mt 28,9; Mc 16,15). Tal anuncio y su recepción es la verificación de la autenticidad de la fe del discípulo.

El "*ay de mi si no predicara el evangelio*" (1Cor 9,16) de San Pablo resuena hoy con peculiar urgencia, transformándose para todos los cristianos no en una simple informa-

ción, sino en una vocación al servicio del Evangelio para el mundo. En efecto, como dice Jesús, "*la mies es mucha*" (Mt 9,37) y diversificada: hay tantos que no han escuchado nunca el Evangelio otros que se han olvidado del Evangelio, pero también hay tantos que esperan el anuncio de Jesucristo con palabras y con hechos.

Para ahondar en el *encuentro con Jesucristo*, uno de los primeros requisitos es la confianza en la potencia transformante de la Palabra en el corazón de quien la escucha. En efecto, "*es viva la Palabra de Dios y eficaz (...), escruta los sentimientos y pensamientos del corazón*" (Hb 4,12). Un segundo requisito, hoy particularmente advertido y creíble, es anunciar la Palabra de Dios y dar testimonio de ella como fuente de conversión, de justicia, de esperanza, de fraternidad, de paz. Un tercer requisito es la franqueza, el coraje, el espíritu de pobreza, la humildad, la coherencia, la cordialidad de quien sirve a la Palabra.

La Palabra de Dios debe estar siempre al alcance de todos

La Iglesia afirma como don y tarea anunciar la Palabra de Dios con la franqueza de los Apóstoles (cf. Hch 4,13; 28,31) y al mismo tiempo sostiene que los fieles *"han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura"*[7]. Son requisitos para la misión y además hoy contenidos fundamentales de la misma misión. No obstante tantas insistencias, es necesario admitir que la mayoría de los cristianos no tiene un contacto efectivo y personal con la Escritura, y aquellos que lo tienen, experimentan algunas dudas teológicas y metodológicas en vista de la comunicación. El encuentro con la Biblia corre el riesgo de no ser un hecho eclesial, de comunión, sino expuesto al subjetivismo y a la arbitrariedad o reducido a un objeto de devoción privada, por lo tanto es indispensable una promoción pastoral consistente y creíble de la Palabra.

Ello determina el recurso a iniciativas específicas que promueven la valorización plena de la Biblia en los proyectos pastorales, y suponen un programa de animación bíblica

7 Ibid. 22.

de la pastoral en cada Vicaría zonal, bajo la guía del Vicario, haciendo que la Biblia esté presente en las grandes acciones de la Iglesia y ofreciendo formas oportunas de encuentro directo, principalmente con caminos de *lectio divina* para niños, jóvenes y adultos.

La palabra de Dios en orden a una mayor conversión

En este momento de la historia, debemos escuchar la invitación apremiante de la Palabra de Dios en orden a una mayor conversión de nuestra visión, nuestras actitudes y nuestro comportamiento hacia el «otro»: religiones, culturas y grupos étnicos, y, sobre todo, los pobres, los excluidos u otras personas discriminadas en nuestras sociedades. Una relectura de la Palabra de Dios en esos contextos que amenazan la vida es un imperativo que no podemos dejar de asumir, pues ella llega a nosotros con su poder para impulsarnos a vivir en solidaridad. Sólo cuando se siente el poder irresistible del Espíritu, nos convertimos en instrumentos eficaces de transformación.

Reino de Dios, justicia social y caridad cristiana

"La voz del Señor nos sigue llamando como discípulos misioneros y nos interpela a orientar toda nuestra vida desde la realidad transformadora del Reino de Dios que se hace presente en Jesús. Acogemos con mucha alegría esta buena noticia. Dios amor es Padre de todos los hombres y mujeres de todos los pueblos y razas. Jesucristo es el Reino de Dios que procura desplegar toda su fuerza transformadora en nuestra Iglesia y en nuestras sociedades. En Él, Dios nos ha elegido para que seamos sus hijos con el mismo origen y destino, con la misma dignidad, con los mismos derechos y deberes vividos en el mandamiento supremo del amor. El Espíritu ha puesto este germen del Reino en nuestro Bautismo y lo hace crecer por la gracia de la conversión permanente gracias a la Palabra y los sacramentos" (382).

"Ser discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida, nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, y a trabajar junto con los demás ciudadanos e instituciones en bien del ser humano. El amor de misericordia para con todos los que ven vulnerada su vida en cualquiera de sus dimensiones, como bien nos muestra el Señor en todos sus gestos de misericordia, requiere que socorramos las necesidades urgentes, al mismo tiempo que colaboremos con otros organismos o instituciones para organizar estructuras más justas en los ámbitos nacionales e internacionales. Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos. Igualmente, se requieren nuevas estructuras que promuevan una auténtica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales" (384).

El proceso de formación de los discípulos misioneros

"La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y El Caribe, requieren una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia. Miramos a Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos. Cristo nos da el método: 'Vengan y vean' (Jn 1,39), 'Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida' (Jn 14,6). Con Él podemos desarrollar las potencialidades que están en las personas y formar discípulos misioneros. Con perseverante paciencia y sabiduría, Jesús invitó a todos a su seguimiento. A quienes aceptaron seguirlo, los introdujo en el misterio del Reino de Dios, y, después de su muerte y resurrección, los envió a predicar la Buena Nueva en la fuerza de su Espíritu" (276).

"El discípulo es alguien apasionado por Cristo, a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña" (277). "El poder del Espíritu y de la Palabra contagia

a las personas y las lleva a escuchar a Jesucristo, a creer en Él como su Salvador, a reconocerlo como quien da pleno significado a su vida y a seguir sus pasos" (279).

"La Dimensión Intelectual. El encuentro con Cristo, Palabra hecha Carne, potencia el dinamismo de la razón que busca el significado de la realidad y se abre al Misterio. Se expresa en una reflexión seria, puesta constantemente al día a través del estudio que abre la inteligencia, con la luz de la fe, a la verdad. También capacita para el discernimiento, el juicio crítico y el diálogo sobre la realidad y la cultura. Asegura de una manera especial el conocimiento bíblico teológico y de las ciencias humanas para adquirir la necesaria competencia en vista de los servicios eclesiales que se requieran y para la adecuada presencia en la vida secular" (280).

Propuestas para la iniciación cristiana

La palabra *kerygma* viene del griego y significa *"proclamación, anuncio"*. El kerigma es el primer y fundamental anuncio de fe cuyo contenido se puede resumir así: Jesús de Nazareth es el Mesías muerto y resucitado, según las Escrituras (es decir: *"según Dios lo dispuso"*), para nuestra salvación. Los Obispos en Aparecida así lo señalan:

"Sentimos la urgencia de desarrollar en nuestras comunidades un proceso de iniciación en la vida cristiana que comience por el *kerygma*, guiado por la Palabra de Dios, que conduzca a un encuentro personal, cada vez mayor, con Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre, experimentado como plenitud de la humanidad, y que lleve a la conversión, al seguimiento en una comunidad eclesial y a una maduración de fe en la práctica de los sacramentos, el servicio y la misión" (289).

"Su Persona y su obra son la buena noticia de salvación anunciada por los ministros y testigos de la Palabra que el Espíritu suscita e inspira. La Palabra acogida es

salvífica y reveladora del misterio de Dios y de su voluntad. Toda parroquia está llamada a ser el espacio donde se recibe y acoge la Palabra, se celebra y se expresa en la adoración del Cuerpo de Cristo, y, así, es la fuente dinámica del discipulado misionero. Su propia renovación exige que se deje iluminar siempre de nuevo por la Palabra viva y eficaz" (172).

Vivir y comunicar la vida nueva en Cristo a nuestros pueblos

"La gran novedad que la Iglesia anuncia al mundo es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la Palabra y la Vida, vino al mundo a hacernos 'partícipes de la naturaleza divina' (2Pe 1,4), a participarnos de su propia vida. Es la vida trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la vida eterna. Su misión es manifestar el inmenso amor del Padre, que quiere que seamos hijos suyos. El anuncio del *kerygma* invita a tomar conciencia de ese amor vivificador de Dios que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado. Esto es lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar, porque la gracia tiene un primado absoluto en la vida cristiana y en toda la actividad evangelizadora de la Iglesia: 'Por la gracia de Dios soy lo que soy' (1Cor 15,10)" (348).

➢ **Algunas acciones que nos pueden ayudar a concretar el mensaje de Aparecida:**

- Animar bíblicamente la pastoral de la Iglesia.
- Potenciar la importancia de la Palabra de Dios en las líneas pastorales arquidiocesanas, zonales y parroquiales.
- Incorporar la Lectio Divina como encuentro privilegiado con la Palabra de Dios.
- Promover el Mes de la Biblia. Que Septiembre nos anime a realizar actividades bíblicas creativas que ayuden a fortalecer el amor a la Palabra a través de la escucha del Maestro.
- Desarrollar programas de formación bíblica sistemática, en los diferentes ámbitos de la Iglesia y de la sociedad.

- Elaborar material bíblico que tenga en cuenta las situaciones sociales, culturales y comunitarias.
- Reforzar una red de comunicación entre el Departamento arquidiocesano de Animación Bíblica de la Pastoral y las Vicarias zonales y ambientales, congregaciones, colegios, movimientos, jóvenes...

Para reflexionar:

- Teniendo en cuenta la realidad contemporánea ¿cómo acercar y transmitir a una mayor cantidad de personas de manera permanente la Palabra de Dios?
- ¿Qué podemos hacer para que la *Lectio Divina* sea más conocida y practicada?
- ¿Cómo María puede ser modelo del cristiano que escucha, medita y vive la Palabra de Dios?

5. Celebrar

A.- Celebrar la Palabra de Dios

- Comencemos con una invocación al Espíritu Santo.
- Compartamos en forma de oración lo que nos ha parecido más relevante de la lectura del texto.
- Recordemos en voz alta los textos bíblicos más significativos para nuestras vidas.
- Asumamos juntos un compromiso concreto de anunciar la experiencia del encuentro con Jesucristo.
- Alabemos al Señor con el canto.

B.- Oremos con la Palabra

La lectura orante de la Palabra o Lectio Divina no es solo una metodología para orar sirviéndose de la Biblia, sino una forma de adentrarse en la Sagrada Escritura para llegar al corazón de Dios. Es una forma privilegiada de entrar en diálogo con Dios, que nos habla en su Palabra.

Iniciemos la lectura orante de la Palabra recordando que:

- Cuando entramos en comunión con el Señor a través de su Palabra debemos -como Moisés- *"sacarnos las sandalias de los pies"* (Ex 3,5), es decir, despojarnos de todo cuanto impida una comunicación viva con Dios y crear entre nosotros un clima de oración propicio para la escucha.
- Para esto nos ayuda la ***preparación externa***. Tal como adornamos nuestras casas para un invitado especial así también ambientemos el lugar donde nos vamos a reunir para escuchar a Jesús: podemos poner una Biblia abierta, velas, flores, música de fondo, alguna frase alusiva…
- Luego, la ***preparación interna***, la del corazón que escucha, se prepara saliendo de los ruidos personales que estorban nuestro encuentro con Jesucristo. Para esto: tomar clara conciencia a lo que voy, pedir el don del Espíritu, cerrar nuestros ojos por unos momentos para abrir los ojos de la fe y recibir la Palabra como Palabra *de Jesús*. ¡Cuando se ama de verdad, se escucha de verdad!
- En nuestra preparación para recibir el alimento de la Palabra hay un protagonista fundamental: ¡el Espíritu Santo! Todo encuentro con la Palabra parte por la invocación del Espíritu Santo, porque es él quien abre nuestra inteligencia para comprender lo que Dios quiere comunicarnos, y es él quien nos fortalece para hacer realidad el querer de Dios en nuestra vida cotidiana.
- Se trata de pedir el mismo Espíritu que descendió sobre los apóstoles, haciendo posible su comprensión y aceptación de Jesús (cf. Jn 16,13). Él viene sobre nosotros haciendo posible que la Palabra sea engendradora de vida y verdad.
- Lo que buscamos es vivir una lectura orante de la Palabra de *"manera espiritual"*, es decir, bajo la acción sabia del Espíritu, el mismo que inspiró a los autores de

la Biblia. Sin la asistencia del Espíritu, la lectura de la Biblia se transforma en un ejercicio intelectual, un indagar la letra escrita quedándose en detalles, sin llegar al mensaje de Dios que el texto contiene.

Cuadro síntesis de la Lectio Divina:

1. Leer Mensaje de Dios…	**¿Qué dice el texto?**	Leer el texto en voz alta, repasarlo, comprender lo que dice, subrayar o memorizar alguna frase que llame la atención.
2. Meditar Interpela la vida…	**¿Qué me (nos) dice el texto?**	Repetir o escribir la palabra que más ha tocado el corazón. Responder ¿A qué me invita el pasaje leído? ¿Qué es lo que Jesús me pide?...
3. Orar Suscita la oración…	**¿Qué le digo a Dios motivado por su Palabra?**	Hemos escuchado la Palabra de Dios, ahora dejamos hablar al corazón. Podemos hacer una oración de alabanza, de gratitud, de súplica, de perdón…
4. Contemplar/ Actuar Lleva a la conversión y la acción…	**¿A qué conversión y acciones me invita o nos invita el Señor?**	La contemplación-acción nos lleva a testimoniar la Palabra. ¿Qué debemos potenciar para ser mejores discípulos de Jesús?

C.- Ejercicios de Lectio Divina

Sugerimos algunos textos para que cada uno en comunidad vaya realizando la Lectio Divina a su ritmo.

- Jesús se despide de sus discípulos y les encarga la misión de ser sus testigos (Hch 1,1-11)
- El Espíritu Santo impulsa a los discípulos para que den testimonio de Jesús (Hch 1,12.2,47)

- El testimonio de los apóstoles hace crecer la comunidad cristiana (Hch 1,12-2,47)
- Jesús es la clave para comprender las Escrituras (Hch 6,1-9,31)
- Evangelizar es anunciar a Jesucristo (Hch 9,32-12,25)
- La comunidad es responsable de la misión (Hch 13,1-28,31).
- Los conflictos y divisiones dentro de la comunidad (Hch 13,1-15,35)
- La conversión es un encuentro personal con Jesucristo (Hch 21,15-28,31)
- La Iglesia continúa la misión de Jesús (Hch 27,1-28,31)

6. Conclusión

La exhortación eclesial, según la cual *«toda la predicación de la Iglesia, así como toda la vida cristiana se debe alimentar y regir con la Sagrada Escritura»*[8], fue una palabra profética, como ha demostrado el *«hambre de la Palabra de Dios»* (Am 8,11) que el Espíritu Santo ha hecho surgir en la Iglesia.

Hemos iniciado un camino para situar la Palabra de Dios en el centro de la vida y de la pastoral de nuestras comunidades, pero aún queda mucho por recorrer. El reto de devolver a la Biblia al lugar que le corresponde nos plantea hoy la necesidad de seguir recuperando la Lectio Divina, junto con una reflexión sobre los criterios que deben inspirar y guiar la lectura creyente de la Biblia. En segundo lugar, es necesario que se redoblen los esfuerzos para realizar una verdadera iniciación a la lectura de la Biblia en la catequesis y en todos los ámbitos pastorales; asimismo habrá que seguir complementando la formación bíblica de todos los Agentes pastorales, para que nuestro anhelo de ser discípulos y misioneros de Jesucristo, lo vivamos desde la escucha atenta y comprometida de la Palabra de Dios.

> "La misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en el

8 Ibid. 21.

contexto socio-cultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí. Así, procura 'transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y el designio de salvación'" (331).

Anunciar la Palabra es una misión fuerte, que implica una profunda y convencida adhesión a Jesucristo y a su Palabra.

7. Oración final

Para nuestra oración nos puede servir leer y meditar un texto de San Efrén, Diácono, y después recitar la oración que cierra este folleto.

La Palabra de Dios fuente inagotable de vida

¿Quién hay capaz, Señor, de penetrar con su mente
una sola de tus frases?
Como el sediento que bebe de la fuente,
mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos.
Porque la palabra del Señor presenta muy diversos aspectos,
según la diversa capacidad de los que la estudian.

El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra,
para que todo el que la estudie
pueda ver en ella lo que más le plazca.
Escondió en su palabra una variedad de tesoros,
para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse
en cualquiera de los punto a que enfocara su reflexión.

La palabra de Dios es el árbol de vida
que te ofrece el fruto bendito desde cualquiera de sus lados,
como aquella roca que se abrió en el desierto
y manó de todos lados una bebida espiritual.
Comieron - dice el apóstol - el mismo manjar espiritual
y bebieron la misma bebida espiritual.

Aquel, pues, que llegue a alcanzar
alguna parte del tesoro de esta palabra
no crea que en ella se halla solamente lo que él ha hallado,
sino que ha de pensar
que de las muchas cosas que hay en ella,
esto es lo único que ha podido alcanzar.
Ni por el solo hecho de que esta sola parte
ha podido llegar a ser entendida por él,
tenga esta palabra por pobre y estéril y la desprecie,
sino que, considerando que no puede abarcarla toda,
dé gracias por la riqueza que encierra.

Alégrate por lo que has alcanzado
sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar.
El sediento se alegra cuando bebe
y no se entristece porque no puede agotar la fuente.
La fuente ha de vencer tu sed,
pero tu sed no ha de vencer la fuente,
porque, si tu sed queda saciada sin que se agote la fuente,
cuando vuelvas a tener sed
podrás de nuevo beber de ella,
en cambio, si al saciarse tu sed se secara también la fuente,
tu victoria sería en perjuicio tuyo.

Da gracias por lo que has recibido
y no te entristezcas por la abundancia sobrante.
Lo que has recibido y conseguido es tu parte,
lo que ha quedado es tu herencia.
Lo que, por tu debilidad,
no puedes recibir en un determinado momento,
lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras.

Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo
lo que no puede ser sorbido de una vez,
ni desistas, por pereza,
de lo que puedes ir tomando poco a poco.

SAN EFREN, Diácono
"Comentario sobre el Diatesseron".

ORACIÓN

Señor de la Vida, abre nuestro corazón a Tu Palabra.
Queremos anunciar Tu Reino y construirlo con nuestras vidas.

Queremos ser discípulos misioneros de Tu amor y Tu proyecto para todos.
Ayúdanos a escuchar Tu Palabra, a leer y rezar con la Biblia,
a contemplar la vida y la historia, para descubrir tu propuesta
y caminar hacia Ti.

Tú, Señor, que aprendiste de la mano de María, la Virgen fiel,
enséñanos a seguir su ejemplo.

Maestra de las cosas de Dios, quien guardaba en su corazón
lo que vivía,
y meditaba en el silencio lo que iba descubriendo.

María, mujer sencilla, que no entendía todo,
pero se animó a decir sí a todo.
Ella nos enseñe que para vivir la fe
hay que escuchar mucho, hay que escuchar siempre…

Tú, Señor, que mostraste a los discípulos
la necesidad del encuentro con nuestro Padre Dios,
única compañía que acompaña todo,
muéstranos cómo seguir Tus pasos.

Ayúdanos a buscar momentos para el diálogo con el Padre.
Enséñanos a percibir el aliento del Espíritu que sopla en nuestras vidas.

Guíanos al encuentro con la Palabra que nos espera en la Biblia,
para descubrir nuevos caminos
y revelar la presencia de Dios en la vida y en la historia que vivimos.

Danos hambre y sed de Tu Palabra
cimiento verdadero donde asentar un proyecto de vida en la huella
hacia el Reino.

Despierta en nosotros el gusto por la lectura cotidiana de la Biblia,
para aprender a escuchar, a discernir y a gustar tu cercanía…
Tu que pasas a nuestro lado, que caminas en nuestra historia…
y nos llamas a ser tus discípulos misioneros,
para anunciar que es posible un mundo distinto,
más humano, más fraterno, más justo y en paz.

Amén.

Quédate, Señor
Oración de Benedicto XVI en Aparecida, Brasil.

Quédate con nosotros, Señor, acompáñanos aunque no siempre hayamos sabido reconocerte. Quédate con nosotros, porque en torno a nosotros se van haciendo más densas las sombras, y tú eres la Luz; en nuestros corazones se insinúa la desesperanza, y tú los haces arder con la certeza de la Pascua. Estamos cansados del camino, pero tú nos confortas en la fracción del pan para anunciar a nuestros hermanos que en verdad tú has resucitado y que nos has dado la misión de ser testigos de tu resurrección.

Quédate con nosotros, Señor, cuando en torno a nuestra fe católica surgen las nieblas de la duda, del cansancio o de la dificultad: tú, que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Palabra; ayúdanos a sentir la belleza de creer en ti.

Quédate en nuestras familias, ilumínalas en sus dudas, sostenlas en sus dificultades, consuélalas en sus sufrimientos y en la fatiga de cada día, cuando en torno a ellas se acumulan sombras que amenazan su unidad y su naturaleza. Tú que eres la Vida, quédate en nuestros hogares, para que sigan siendo nidos donde nazca la vida humana abundante y generosamente, donde se acoja, se ame, se respete la vida desde su concepción hasta su término natural.

Quédate, Señor, con aquéllos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad. Quédate, Señor, con nuestros niños y con nuestros jóvenes, que son la esperanza y la riqueza de nuestro Continente, protégelos de tantas insidias que atentan contra su inocencia y contra sus legítimas esperanzas. ¡Oh buen Pastor, quédate con nuestros ancianos y con nuestros enfermos. ¡Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros!

Índice de temas

1 Discurso Inaugural del Papa Benedicto XVI.
2 Mirada creyente de la realidad.
3 La vocación de los discípulos misioneros.
4 La espiritualidad de los discípulos y discípulas misioneros.
5 La parroquia: comunidad misionera.
6 CCB y pequeñas comunidades.
7 Ministerios y servicios en la Iglesia y en el mundo.
8 El laicado al servicio de la vida.
9 La Palabra, alimento de la vida.
10 Creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo.
11 La religiosidad popular.
12 El proceso de formación de los discípulos misioneros.
13 La iniciación a la vida cristiana y la catequesis.
14 La educación católica.
15 La misión de los discípulos al servicio de la vida.
16 Reino de Dios y promoción de la dignidad humana.
17 La Pastoral Social y la solidaridad.
18 Desafíos de la movilidad humana
19 La buena nueva del trabajo.
20 La buena nueva de la familia.
21 Jóvenes al servicio de la vida.
22 La cultura de la vida.
23 La cultura y su evangelización.

INPAS
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

EDITORIAL TIBERIADES

VGP
Arzobispado de Santiago
Vicaría General de Pastoral